

## EL ROSTRO AIRADO

Por Arlina Cantú  
Usado con permiso

Lectura básica: Isaías 57:15-19

Texto clave: He visto sus caminos; pero le sanaré, y le pastorearé. Is. 57:18

El primer día que llegué al hospital la vi postrada en su cama. Es imposible estar en una sala compartida y no voltear a ver a los demás enfermos que ahí se encuentran. Ella se veía como hundida en la cama. Su mirada era dura como llena de enojo y a pesar de ser bonito, su rostro reflejaba gran amargura.

Resultaba imposible sostener la mirada frente a ella porque no era nada amistosa ni siquiera con las personas que la rodeaban para cuidarla. Se escuchaba que levantaba la voz airada contra quien estuviera junto a ella.

No alcancé a conocer bien su padecimiento pero desde el primer día sentí una necesidad imperiosa de acercarme a ella y hablarle del amor de Dios. Percibía yo en cada uno de sus actos, ahí postrada en su cama, que tenía un gran vacío de Dios y que el Señor me había enviado para ayudarla. Sin embargo, pasaban los días y no encontraba la forma de acercarme.

Oré cada día que estuve ahí, en la cama frente a la suya, para que Dios dispusiera el momento oportuno para acercarme a ella y compartirle la palabra.

Y Dios escuchó, porque un día desaparecieron de pronto todos sus familiares y la vi sola, como buscándolos con la mirada, y me acerqué. Pregunté si necesitaba algo y le dije que cada día había deseado llegar a saludarla pero hasta entonces no había sido posible. Y me sonrió. Agradeció que me acercara en ese momento en que estaba solita y me retiré cuando un familiar volvió a acompañarla.

Pero como Dios ya había abierto la puerta, aproveché cada momento que la dejaron sola para ir solamente a saludarla, a preguntar por su salud y a decirle que Dios estaba pendiente de ella y esperando que le pidiera la bendición de su sanidad para dársela.

No pregunté por sus creencias solamente hablé de un Dios Todopoderoso que sana y que salva. Pude ver que alguien pegó una imagen en la cabecera de su cama. Después de que le hablé del Dios de la Biblia, la vi leyendo un librito que parecía de meditaciones y luego uno más grande que parecía una Biblia. No indagué al respecto pero seguí hablándole del gran amor de Dios y de su necesidad de conocer a Jesucristo para conseguir su salud.

Y el día que anunciaron que le darían de alta le llevé a regalar un libro que podrá continuar hablándole de los cosas de Dios y llevarla a conocer plenamente la salvación.

Un beso fue el regalo que recibí de una de sus hermanas, dijo, por haber conversado con ella y haberle obsequiado el libro.

Mi fe sigue en pie confesando que el Espíritu Santo hará la obra no solamente en ella sino en toda su familia. Y estaré pendiente de ello. A Dios sea la gloria.

OREMOS por aquellos que sufren de amargura y de enfermedad sin saber que hay un Dios que da paz y gozo y sanidad.

*ObreiroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.*